

de la independencia conducía a menudo de la mano a su nieto Rafael, niño de pocos años, predestinado para continuar la labor docente de su ilustre genitor y ser honra y prez de la Iglesia y de las letras patrias, eximio y sapientísimo sacerdote, grandilocuente orador sagrado y digno sucesor de Fray Cristóbal de Torres en la dirección de su famoso Instituto» (1).

(1) *Revista del Colegio*. Volumen XXII, número 219.

(De Colombia, de Medellín)

La importancia de Colombia para la arqueología y prehistoria de América

Por el doctor K. TH. Preuss, Profesor de la Universidad y Director del Museo Etnológico de Berlín.

La República de Colombia, por su situación como país de enlace entre América Central y América del Sur, está llamada a contribuir esencialmente a esclarecer los movimientos de pueblos y civilizaciones que tuvieron lugar entre los antiguos reinos de los Mejicanos y Mayas, de una parte, y de las culturas peruanas, de otra; mas este país apenas ha sido investigado sistemáticamente.

Cierto que, recientemente, han sido observadas con más precisión, por Bolinder desde 1914 a 1916, y por mí, en 1915, las tribus de Sierra Nevada de Santa Marta, los Ijkas y otras de la vertiente sur, y los Kábagos en la del norte, cuyo estado actual hace revivir mucho de las antiguas informaciones de los españoles acerca del imperio de los chibchas en la altiplanicie de Bogotá. Igualmente Erlánd Nordensköld, en 1927, ha estudiado de cerca, en su propio país, los indios Cunas y Chocós, en la región fronteriza de Panamá y Colom-

bia y, entre otras cosas, descubrió en los indios Cunas una escritura ideográfica que forzosamente hemos de relacionar con las noticias dadas por Oviedo de que los indios Nicaraos, de la vertiente pacífica de Nicaragua, tuvieron escrituras geroglíficas de análoga naturaleza que las que hoy nos son conocidas de los Mejicanos y Mayas. Finalmente, por lo que se refiere a los indios Carios, del este del golfo de Urabá, que pertenecen al grupo de los Chocós, son de mencionar las noticias, extraordinariamente valiosas, de Fray Severino de Santa Teresa, sobre sus ideas acerca de Dios y su culto; y respecto a los Uitotos, que viven en la llanura oriental, existen mis detenidos estudios de su religión y sus relaciones sociales, sobre los que habré de insistir más adelante, cuando pase a hablar de mis excavaciones en la región superior del Magdalena, cuya importancia para el estudio de la prehistoria de América se habrá de indicar con algún detalle. Los Uitotos viven, en su mayoría, entre el curso superior del Putumayo y el Caquetá; pero los he encontrado, como fugitivos, en el río Ortegusa, afluente septentrional del Caquetá.

Malo es el estado por lo que se refiere a la Arqueología. Con un solo detalle se puede caracterizar suficientemente la situación en las regiones de las que provienen la mayor parte de las colecciones. La Arqueología, tanto en el valle del Cauca como en la región de los Muiscas o de los Chibchas, está por completo en manos de los buscadores de oro, de los «huaqueros». Debido a esto, en el valle del Cauca conocemos sólo los tipos de las sepulturas descubiertas por ellos, sin que tengamos idea de las relaciones exactas entre éstas y los objetos encontrados. Por lo que se refiere a los Chibchas, constituyen un caso excepcional unas breves excavaciones como las que hice durante una semana, en 1913, en la hacienda «Los Nogales», cerca de Uba-

que, a seis horas al sur de Bogotá. Sin embargo, hay un hecho que cada vez ha encontrado un asentimiento mayor: el que la técnica de trabajar el oro y la forma de los objetos hechos de este metal en la región de los Quimbayas, en el valle del Cauca, están muy relacionadas, tanto con los hallazgos correspondientes de Costa Rica, como con los de toda la costa Norte de Colombia a Venezuela, y el que Colombia se debe considerar como el país de origen desde el cual el trabajo del oro, con diversas proporciones de cobre, pudo extenderse quizás hasta la civilización costera peruana. El descubrimiento independiente en Sudamérica de fundir objetos de oro a forma perdida, ha sido indicado de nuevo hace poco tiempo por Erland Nordenskiöld, llamando, con razón, la atención sobre la técnica, análoga en principio del invento de las pelotas huecas de caucho sudamericanas y de las cánulas de caucho de irrigadores. También aquí el núcleo de arcilla se retira de la cubierta de caucho por disolución, lo mismo que se retira la cera en el procedimiento de cera perdida en la fundición de oro. Si esto es así, la técnica correspondiente de trabajar el oro debió llegar hasta Méjico, partiendo de Colombia, después de haberse perfeccionado en este país. Todo ello hubo de suceder en tiempo muy antiguo. Por otra parte, la invención del bronce y su difusión por el imperio de los Incas hasta el Ecuador es un hecho posterior y tardío, y los objetos de esta aleación nunca llegaron a Colombia, aun cuando por ejemplares sueltos, probablemente por vía marítima, han llegado hasta Chiriquí y Méjico. En Colombia no se observa tampoco trabajo alguno de plata, corriente en el Perú y, aunque algo menos, también en el Ecuador.

Teniendo en cuenta lo escaso de las investigaciones prehistóricas en Colombia no es asombroso que incluso la localidad más importante, en los alrededores

del poblado apenas conocido de San Agustín, en Colombia del sur, cerca de las fuentes del Magdalena, después de haber sido descubierta hace más de setenta años, por el cartógrafo italiano Codazzi—que dio de ella una ligera descripción, acompañada de bosquejos insuficientes de parte de las grandes estatuas de piedra encontradas,—haya atraído a pocos investigadores, que, además, no han añadido casi nada a su conocimiento. Así me ha sido reservado el formar un inventario exacto de lo descubierto hasta ahora, sextuplicar la extensión superficial explorada y, basándome en las excavaciones de cuatro meses (Diciembre de 1913 a Abril de 1914), presentar un anticipo del cuadro definitivo de aquella interesante civilización y de sus relaciones con el resto de América; pero, evidentemente, no debemos asombrarnos de que por la exploración de esta sola localidad surjan más problemas y perspectivas para las investigaciones futuras, que hechos que resuelvan los problemas antiguos.

La civilización de San Agustín ofrece, por sí sola, un problema, por haberse encontrado tan pocos objetos de la vida diaria, como hachas de piedra, fusayolas, morteros, vasos de barro o sus fragmentos, obras de arte menor. Esto se debe explicar, seguramente, porque no se han hallado aún los sitios en que estaban las viviendas, sino los templos, más fáciles de notar, con sus estatuas y las sepulturas rodeadas con piedras, que no contenían gran ajuar funerario. Llamativa es también la falta de todo resto de huesos en las sepulturas y en los grandes sarcófagos monolíticos: la causa de esto es probablemente la continua entrada del agua de las lluvias en las sepulturas poco profundas y el continuo cambio de tiempo húmedo y seco. Codazzi, que interpretó como bañeras los sarcófagos de piedra desenterrados en parte, pudo opinar, atendiendo a la cantidad de templos y

estatuas en un espacio bastante reducido, que todo había constituido un distrito sagrado, lo cual, a juzgar por la extensión hoy comprobada, es una conclusión errónea.

Lo peculiar de esta localidad consiste, sin embargo, en las numerosísimas estatuas, hasta de cuatro metros de altura, que en Colombia no tienen, en absoluto, semejantes, y en toda Sudamérica sólo se encuentran en algunas partes. Respecto al Ecuador y Perú, sin embargo, la diferencia es de grado, no específica. Nada menos que 120 figuras de piedra han ido saliendo a luz, mientras que Codazzi sólo mencionó 34; y tendríamos que ir hasta Nicaragua, para encontrar reunidas en un espacio relativamente pequeño, en número tan considerable de grandes figuras de piedra, de tipo algo bárbaro. Las altas estelas en las ciudades de los Mayas y las numerosas estatuas en los distritos de los sitios sagrados de los Mejicanos por un alto nivel artístico no pueden compararse directamente con las de San Agustín, que producen asombro, precisamente porque tales esfuerzos artísticos aparecen en un ambiente cultural más bajo. Basándose en diferentes símbolos, se pueden distinguir con cierta probabilidad divinidades del Sol, de la Luna, del Agua, del Viento, etc.

Mayores dificultades crean los templos y los grandiosos sarcófagos monolíticos en cuanto que ni unos ni otros se acomodan fácilmente con las civilizaciones americanas. Los templos están constituidos sólo por grandes losas de piedra sin labrar que, sin material que las una, están hincadas en tierra, las cuales—prescindiendo del lado de entrada—cierran un espacio rectangular. Una o varias enormes losas de la misma clase sirven de techo. El suelo, de por sí, está algo más bajo que el nivel del terreno, y sobre este conjunto se levanta un montículo artificial de tierra, cuya existencia parece ya necesaria para haber podido colocar en su sitio las losas que for-

man el techo. Templos de esta clase no son realmente conocidos de otras partes de América; y sarcófagos como los de San Agustín sólo deben existir en la civilización Chavin, del norte del Perú, y quizás en Tuxtla, en el Estado de Veracruz.

Antes de pasar a los detalles que llevan a la comparación con otras civilizaciones, haremos alguna indicación que puede utilizarse para el problema de la determinación de la antigüedad. Con seguridad podemos afirmar que cuando el conquistador Belalcázar llegó a esta comarca, en el curso superior del Magdalena (año 1537), el pueblo autor de las construcciones de piedra ya no existía allí, pues Pedro Simón no dice nada de él; a pesar de que describe detalladamente la lucha con los indios Timanas que vivían a sólo unos 30 ó 40 km. de distancia. Además, la erección de tantos templos y estatuas, de las que apenas puede decirse que haya dos iguales, y muchas de las cuales llevan, por el contrario, símbolos sumamente diversos, tiene que haber requerido varios siglos. También había dos templos y grandes ídolos, respectivamente, que estaban fuera de uso y habían sido reemplazados por construcciones y estatuas a un nivel superior. Todo esto, unido al carácter arcaico de esta civilización, en parte, aislada, y a la técnica primitiva de la cerámica, permite sacar, como conclusión, la gran antigüedad de la localidad de que tratamos en comparación con las otras civilizaciones de los Andes.

¿Qué podemos decir de sus relaciones con otras culturas en lo que se refiere a detalles? En cierto modo, como punto de comparación, podemos emplear un hecho notable, que debemos denominar el «otro yo» (el *alter ego*). En San Agustín hay numerosas estatuas que, sobre una figura en pie, presentan otra cara, de forma más animal, con manos, y cuyo cuerpo, en forma de serpiente, corre a lo largo de la espalda de la figura y

termina en dos cabezas de animales. Este motivo escultórico hay que relacionarlo, indudablemente, con esculturas de la comarca del Lago de Nicaragua, junto al río Trombetas (comienzo del curso inferior del Amazonas), y con otras del Perú, que ya antes habían sido, en parte, consideradas como correspondientes. En las esculturas de estas localidades hay un animal (una especie de cocodrilo, tortuga, gato montés, un mono, etc.) frecuentemente en actitud amenazadora, sobre la cabeza y espalda de una figura humana, como si quisiera comerse a ésta. Esta concepción ha sido, en general, la predominante. En el Lago de Nicaragua, sin embargo, se presenta, junto a éste, otro asunto: la cabeza humana se asoma por la boca abierta del animal. Lothrop ha relacionado ya este tipo con imágenes semejantes en figuras plásticas y en la escritura jeroglífica de los Mejicanos y Mayas, en las cuales falta el cuerpo del animal y sólo se ve la cabeza con la boca abierta por la que sale la cara, de aspecto humano, del dios. El dios del Fuego, Xiuhtecútlí, lleva en la espalda la llamada Serpiente de Fuego, de modo que la boca abierta de ésta se encuentra detrás de la cabeza del dios y el cuerpo del animal queda colgando.

No puede, a mi parecer, haber duda ninguna de que todos estos tipos, a pesar de algunas variantes, acusan relación histórica y piden una explicación común que es exactamente la del «otro yo», del cual poseemos una aclaración por las tradiciones mejicanas. El animal se llama en ellas el disfraz (*navalli*) del dios; pero veremos que en realidad es más bien un segundo ser en el que reside su verdadera fuerza. Así, por ejemplo, del colibrí (que es el «otro yo» del dios nacional y solar, Uitzilopochtli, el «Colibrí del Sur»), dicen: «Se renueva cada año. En invierno se cuelga, con el pico, de los árboles. De este modo se seca y pierde las plumas. Cuando el árbol

empieza a reverdecer, el colibrí revive....» Como el sol en invierno reside, sin fuerza, en el mediodía, pero encierra la futura fuerza vencedora; así el colibrí, con el destino que se acaba de describir, es el que presta verdaderamente fuerza al Sol, el cual depende de aquél. Esta misma idea, humanizada, la encontramos en el llamado *nagualismo* de aquellas comarcas. Según éste, al hombre, al nacer, le es asignado como *nagual*, por el sacerdote o mago, un animal determinado, que en lo sucesivo será su espíritu protector, en el cual hasta puede convertirse a veces, y de cuyo estado, enfermedad o muerte es dependiente. También en este caso la fuerza y el destino del hombre está en su «doble», en el animal correspondiente. Para los hallazgos de que nos ocupamos, seguramente hay que admitir, sin embargo, en la mayor parte de los casos, un carácter divino del «otro yo».

No obstante, en los textos de los Uitotos, que he tomado en su propia lengua, tenemos otra creencia en un segundo yo, que positivamente le llaman así, diciendo: «su otro [yo]». Acerca de esto debemos escribir algunas palabras, sobre todo porque estos indios viven no lejos de San Agustín. Este «otro yo» aparece mencionado en los mitos cuando a la persona en cuestión le ocurre un acontecimiento extraordinario. En una narración, un individuo, por ejemplo, casi se ahoga al pescar, pero se salva en el último momento: «como tenía mucho frío se calentó al fuego y se restableció del estado de ahogado; después transformó su «otro [yo]» en un ave silvestre; luego volvió con su mujer a casa. El yo primitivo sigue viviendo del modo ordinario, mientras que el «otro yo», que anteriormente no había sido nombrado jamás, vive separado, y sin tener relaciones con él, en forma de pájaro. Seguramente este hecho no tiene nada que ver con el nagualismo y las esculturas des-

critas, pues, aquí el «otro yo», no representa la verdadera fuerza vital en forma de un segundo sér.

En la antigua civilización Nazca, en la costa del sur del Perú, la idea del «otro yo» ha tomado una forma especial. Allí, en los vasos pintados policromos, es frecuente un demonio que tiene una gran cabeza, más bien de animal, y cuerpo de serpiente; y además manos de hombre y un cuerpo humano con piernas: tenemos, pues, aquí reunidos por una cabeza común, dos seres que por lo demás están separados. El cuerpo de serpiente termina en una cabeza de otro animal, hecho muy significativo para la relación con las estatuas de San Agustín.

Consideremos ahora, en conjunto, las relaciones entre la civilización escultórica de San Agustín y las restantes de América: los paralelismos mayores existen con la civilización Chavin, en la que aparecen grandes esculturas y sarcófagos de piedra, el «otro yo» y, también, los colmillos muy salientes hacia arriba y hacia abajo en las caras, que se presentan con frecuencia en San Agustín. Además, de un vaso de barro se destaca la representación plástica de un demonio que saca de su boca una figura humana, asunto aislado que se ha encontrado varias veces en las figuras de piedra de San Agustín. En el Perú, en la civilización Chimú, se encuentran los colmillos arriba indicados; en Nazca y en la región alta se presenta el «otro yo», y en Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca, vemos al dios del Sol sobre la llamada «Puerta del Sol», con los dos largos cetros en las manos extendidas, el cual se puede ver también en el relieve de la Piedra Raímondí, en Chavin de Huantar, y que en San Agustín, por razones técnicas, tiene dos largas mazas delante del cuerpo.

La segunda región donde se encuentran relaciones en el norte, es el Lago de Nicaragua con el «otro yo» y con una rara figura que tiene el cuello muy encor-

vado, de un modo no natural, con lo que la cabeza viene a quedar sobre el pecho. También existe parentesco con Méjico y la región Maya: en ambas hay que mencionar el «otro yo», y en Méjico la imagen del llamado sapo erguido, que corresponde al jaguar erguido en San Agustín, que, lo mismo que en Méjico, personifica la diosa de la Luna y de la Tierra. En el Este, finalmente, se encuentra el «otro yo» en la zona del río Trombetas.

De la distribución de estas particularidades más llamativas, resulta que la localidad de San Agustín constituye el punto central de una capa cultural profunda que en tiempo antiguo se extendió sobre vastas regiones y que Colombia, de este modo, ha sido un centro, tanto por lo que toca a la técnica del trabajo del oro—aunque en San Agustín esté representada sólo por un anillo de nariz—como por lo que se refiere a las ideas religiosas que se reflejan en las obras plásticas.

(*Investigación y Progreso*, de Madrid)

LEOPARDI Y POPAYAN

Nada más interesante que repasar aquel escrito de Leopardi *La Apuesta de Prometeo*, donde el poeta y filósofo de Recanati expuso en prosa incomparable, o más bien amplió, algunas de las ideas filosóficas contenidas en sus cantos.

Prometeo, según Leopardi, reclama un premio a los dioses por haber creado al hombre; los dioses le descubren sus defectos, visto lo cual por Prometeo, resuelve, en compañía de Momo, descender a la tierra y demorar-se en el primer lugar que en cualesquiera de las cinco partes del mundo descubran seres humanos. Puestos de acuerdo los dos exploradores visitan primero a la América donde no ven sino antropófagos; al Asia donde no hay sino barbarie; y finalmente a Europa donde con-